

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelos

de

La Novela Semanal Cinematográfica



con
Lidia Galderas,
Manuel San Gerardo,
Erna Backer, etc.

MALVALOCA

50 cts.

BIBLIOTECA
Los Grandes Films
DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE
Via Layetana, 12 - BARCELONA - Telef. 4423 A.

MALVALOCA

Adaptación cinematográfica de la obra maestra de
los ilustres HERMANOS QUINTERO

Dirección de BENITO PEROJO

Intérpretes principales: LYDIA GUTIÉRREZ, MANUEL SAN
GILMÁN, ERNA BECKER, JAVIER RIVERO, y otros

Producción GOYA FILM

J. Figuera, - MADRID

Exclusiva de
SELECCIONES
CAPITOLIO



BARCELONA

S. HUGUET

Provenza, 292

ADVERTENCIA
 Se permite la reproducción
 de esta obra en su totalidad
 por la censura gubernativa.
 Prohibida la reproducción
 llevada
 por la censura gubernativa.
 J. Horta, Impresor - Barcelona



Los ilustres *Hermanos Quintero*
 autores de la obra

MALVALOCA

premiada por la Real Aca-
 demia Española, y cuya
 adaptación cinematográ-
 fica, dirigida con brillantez
 insuperable por Benito Perojo,
 otorga un señalado triun-
 fo a la producción nacional.

MALVALOCA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

MERECIA ESTA SERRANA
QUE LA FUNDIERAN DE NUEVO
COMO FUNDEN LAS CAMPANAS.

Málaga... Bella entre las bellas, orgullo de la tierra andaluza.

Una casita blanca que parece refugio de paz y de ventura.

La gente la conocía por la casa de la "Malvaloca", porque tenía un arriate, y en el arriate una malvaloca.

Habitaba esta casa un singular matrimonio: él, dedicado al exquisito deporte de em-

pinar el codo, ella, entregada a las blandas caricias de Morfeo.

Algo había también en aquella casita blanca que atraía las miradas ansiosas de unos ojos mozos atrevidos.

Ese algo, una mocita, Rosa, lozana y gallarda como una flor olorosa de la serranía, cruzaba aquel día calles y avenidas de la ciudad con paso ligero empujado por la esperanza...

Estimulados por el sol y la hambre de sus ojos, los Don Juanes del paseo emprendieron una ofensiva.

La mocita sonreía halagada, sin hacerles caso, y los galanes rivalizaban en pirropes para atraerse sus miradas y leer en ellas una promesa...

—¡Niña! ¿Tiene usted una caída de ojos... mortal de necesidad! — decía uno.

—¿Quiere usted mirar al sol para que nuble; que me está lastimando? — replicábale otro.

Y todos por el estilo...

Hasta que Rosa, saltarina como una paloma, se separó de los mozos... para reunirse

con el hombre que la estaba esperando con ansia bajo la sombra de una palmeta del paseo.

Era su novio, el dueño de su corazón.

La insospechada sorpresa dispersó a los galanteadores, y el mocito de la preciosa criatura rióse con legítimo orgullo de su triunfo al llevársela, a la vista de los derrotados, amorosamente prendida de su brazo.

La enamorada pareja mostró su idilio por las calles, y encaminóse luego, entre suspiros y promesas, a la casita blanca.

El matrimonio seguía fiel a su costumbre: él vaciando una botella, ella, roncando, cargada en una silla toda su grasa de mujer sucia y ociosa.

En el fogón se calentaba una olla con leche. Un minino estaba en vela junto al cacharro... al acecho de la ocasión de bañar su hocico y sus bigotes en el espumoso jugo, al desbordarse de la olla para caer en catarata al suelo.

Aquel día, como otros anteriores, el felino no perdió el tiempo, ya que si para el matrimonio se perdió la leche al quemarse, para él

no ocurrió lo mismo: su estómago podía asegurarlo.

El borracho se dió cuenta del despilfarro hecho al herir sus narices el acre olor característico de la leche quemada.

Sin embargo, no se movió de su silla; el vino no se lo permitía, y despertó a gritos a su mujer.

—¿Qué es lo que pasa?

—¡Deja, deja que se queme la leche!... ¡Como estamos tan sobrados de comida!...

La mujer se "precipitó" tanto... que en la olla no quedaba ya otra cosa que el recuerdo del líquido. ¡Menudo banquetazo se dió el gato!

—¡Y ahora qué haremos? Ya estoy harto... Todo esto se evitara si obligaras a la Rosa a estar en su casa en vez de irse de paseo...

—Háblale tú...

El hombre gritaba, y la mujer, que no era muda tampoco, contestábale en el mismo tono.

La disputa trascendió al exterior de la casa, cuando Rosa y su novio se despedían.

La moicita no se detuvo más, y al entrar en la vivienda, la dormilona le dispensó tal

acogida, que le sirvió de aviso de algo temido y bruscamente llegado.

En efecto, el borracho la tomó luego por su cuenta, y, fuera, se oyó de nuevo rumor de discusión.

El novio de Rosa no se había marchado. Un presentimiento le hizo esperar frente a la casita blanca de la codiciada moza... Sabía el pícaro el drama íntimo que tenía por teatro aquel hogar; y sabía también que la cabecita loca de su amada estaba mal servida por un corazón muy bueno y muy grande.

El borracho había perdido por completo el freno de sus morbosos sentimientos... Rosa rehuía aterrada su contacto. Le inspiraba repulsión.

¡Aquel hombre, en vez de consejos paternales, la incitaba a deslizarse por la pendiente del vicio!

La atribulada moza abrió la puerta y salió fuera. Su novio le brindó amparo, repitiendo sus promesas de amor. Había llegado el anhelado momento de su victoria.

Se alejaron. Rosa miró frente a sí. ¿Qué rumbo tomaría?

—El camino recto — dijo su novio señalándole la carretera clara y serena que conducía al trabajo, al honor, a la libertad...

Un poco más lejos añadió:

—La senda tortuosa...

Y sus ojos se perdieron en las sinuosidades pedregosas del camino de la desventura.

Vació. Desgarraba el corazón de la muerta una ruda y cruel batalla, y sometióse a su destino, dejándose conducir... como navecilla desamparada que se acoge al primer puerto.

Perdióse, del brazo de su novio, por la senda tortuosa...

...Y así terminó la historia de un día.



Han pasado los años... La flor murió, pero no su recuerdo. Y el nombre lo había heredado Rosa, a la que todo el mundo conocía por la Malvaloca.

Una risa infantil alega ahora el hogar de

Malvaloca, de la cual huyeron los fantasmas del Hambre y de la Miseria.

El Tiempo y la Fortuna habían pasado por aquella casa. Pero dijérase que habían dejado incómodos a los padres de Rosa, que continuaban entregados a sus mismos heroicos tiempos.

El amor maternal era la única pasión seria en la vida de Malvaloca. El era su orgullo, su ilusión, su ventura... el refugio de todas sus penas.

El dinero no escaseaba en el transformado hogar, y entre otros, permitíanse ahora el lujo de tener servidumbre. No era ésta ni cuantiosa ni voluminosa; y atendía... aunque no siempre, al nombre de Pitusín.

Este era un rapaz más listo que una ardilla y con un corazón tan tierno como su edad. Iba a la compra como una persona mayor y tenía por amigo un perrillo materialmente cosido a sus calzones.

Los padres de Malvaloca no le trataban como a sus merecimientos correspondía, y muy infeliz hubiera sido el simpático niño sin la protección y afecto de la dueña verdadera.

Malvaloca se había hecho popular entre la sociedad que se divierte.

Aquella noche se celebraba una típica fiesta andaluza en su honor.



Los padres de Malvaloca no la trataban como a sus merecimientos correspondía...

Los invitados eran tan numerosos como entusiastas de la bebida, del canto y de las aventuras pasajeras...

Entre ellos había un ciudadano dedicado al cultivo intenso de la "caña"... En su mesa se

alineaba en amplia bandeja un batallón de vasitos. Dijérase que aspiraba a establecer el campeonato de resistencia "manzanillero". Y, claro, tantas veces hundió el "anzuelo", que pes-



Aquella noche se celebraba una típica fiesta andaluza en su honor.

có una "merluza" de consideración.

Malvaloca era aparentemente dichosa. Triunfaba en aquel ambiente y no debía preocuparle su porvenir.

Sonreía, satisfecha del agasajo, y, a su lado, un apuesto mozo participaba de su alegría.

Era éste Salvador García, joven, varonil, simpático. Había sido para Malvaloca, en sus tiempos difíciles, una ayuda y un consuelo. Por ello sentía ella hacia él un tierno afecto de gratitud.

La linda mujer bailó con garbo ante los invitados, que la jalearon con frenesí, distinguiéndose el borrachín de campeonato, y Salvador, al terminar su amiga la danza, levantó una "caña" en su honor.

Brindo por Malvaloca, la flor más hermosa de toda Andalucía.

El brindis fué coreado unánimemente, y no eran ya una tan sólo, sino dos, las "merluzas" pescadas por el viejo manzanillero.

La fiesta hervía de entusiasmo. Hallábase en su momento álgido, cuando, como tempestad desencadenada inopinadamente, presentóse en ella el diminuto Pitúsín.

Llegaba jadeante. Alcanzó a Malvaloca y esforzóse por hablar.

—¿Qué ocurre, hijo de mi alma?

La actitud angustiosa del rapaz inquietó a todos.

—¿Qué sucede? — insistió Malvaloca.

Pitusín dominó su emoción y pudo, al fin,



—¡Malvaloca! ¡Malvaloca! ¡Vaya a casa corriendo! articular su lengua.

—¡Malvaloca! ¡Malvaloca! ¡Vaya a casa corriendo! ¡La niña se ha puesto mala!

La noticia enroscóse como serpiente venenosa al corazón de la madre. ¡La niña enferma! ¡Jesús santo, qué desgracia!

Convenía no perder tiempo.

—¡Salvador! ¡Corre a buscar al médico! — suplicó temblorosamente a su amigo.



Un terrible presentimiento hacía que Malvaloca corriese desvariada por las calles oscuras.

—Sí, Malvaloca. Pero serénate. Es de suponer que no sea más que una falsa alarma.

Salieron juntos Malvaloca, Pitusín y Salvador. Se separó éste de aquéllos en una encrucijada y dijo a la atribulada madre:

—Cálmate, Malvaloca. Yo voy en seguida con el médico.

Un terrible presentimiento hacia que Malvaloca corriese desvariada por las calles dormidas.

En tanto, en la fiesta, ajeno a la realidad, el borracho gritaba a todo pulmón, multiplicándose a sus ojos los invitados:

—¿Dónde está Malvaloca? ¿Que baile Malvaloca! ¿Que baile!...

Al poco, rendida, oprimido su corazón por los tentáculos de la tragedia, Malvaloca llegaba a su casa. Todo estaba triste en ella. La risa infantil habíase apagado y sólo se oía un sordo lamento...

La almela tenía en sus brazos al ángel enfermo. Malvaloca, sollozando, tomó a su hijita en los suyos y la estrechó febrilmente sobre su corazón.

¡Oh! ¿Que no se muriese! ¿Qué sería de ella, si esto sucediera! Sus labios roncaban

rezos fervorosos a la Virgen. ¡Hija de su alma!

La espera del médico se hacía eterna. Mal-



La espera del médico se hacía eterna.

valoca, atenta a los menores gestos de la enfermita, quemaba sus ojos en incesante llanto. El presentimiento que hiciera presa en ella

en la calle la mordía cada vez intensamente. ¡Oh! No había visto nunca así a su tesoro. Su prolongado sopor era de mal agüero. No lograba reunirle con nada.

Pitusín estaba a la expectativa, con su pernillo, en un rincón. Como Malvaloca, impetraba piedad a la Virgen misericordiosa.

En un búcaro y ante la imagen de la Madre de los Desamparados unas flores se deshojaban. Los pétalos iban cayendo sobre el mármol de la cómoda como lágrimas silenciosas.

El médico no llegaba...

En un mesita, una palmatoria bañaba la habitación con la luz de una bujía...

En aquel instante llegaron Salvador y el médico.

Y la bujía, agotándose como los pétalos de las flores, se apagó de pronto y vióse ascender a la altura una llamita...

¡La niña había muerto!

Malvaloca, resistiéndose a creer que su hija no despertaría más, entrególa al médico y esperó su fallo abrazada a Salvador.

—¿Qué? — preguntó ésta con la mirada al hombre de ciencia.

¡Muerta! — certificó el galeno.

Y traspasada por los puñales del dolor, Malvaloca lloró convulsamente sobre el pecho de su noble amigo.

En un extremo norte de la Península, en esa noble tierra asturiana donde se forjaron antaño los destinos de España, dos hermanos, Leonardo y Juanela, se alejaban de la casa paterna, casa odiosa para ellos desde que una intrusa vino a habitarla.

Leonardo acompañaba a su hermana a la casa de unos parientes, para que cuidaran de ella.

Lamentábanse de tener que separarse, y al despedirse, Leonardo dijo a su hermana, ocultándole su emoción:

—No te aflijas, Juanela. Aquí con los tíos estarás perfectamente... hasta que yo me abra camino y te mande llamar, que será muy pronto.

La despedida iné triste, muy triste para la doncella, a pesar de que en el fondo de su tristeza brillaba la llama de la esperanza que encendía en ella la fe depositada en su hermano.

Era Leonardo hijo de un herrero de Asturias. Había crecido al calor de las fraguas, y como el metal que salía de la lumbré, así era su alma: brava, fuerte, indomable...

El mismo carro que condujo a los dos hermanos al lugar donde vivían sus tíos, llevó a Leonardo a la estación. Había escogido un pintoresco pueblo para empezar la lucha, y tomó billete para él.

La casualidad hizo que Salvador tomase, en una pequeña estación andaluza, el mismo tren en que iba Leonardo, y se sentase al lado del asturiano.

Entablaron conversación. Se hicieron amigos. Y así fué como el azar de un viaje juntó

las vidas de ambos, y las derivó por un mismo derrotero.

Los dos amigos se dirigieron a Las Canteras, pueblecito andaluz, blanco y pintoresco, asentado sobre un altonazo.

El antiguo Convento del Carmen, de Las Canteras, convertido en asilo, cobijaba a los ancianos de ambos sexos sin amparo.

Abnegadas hermanas de la caridad cuidaban solícitamente a los pobres viejos, procurando endulzar con sus bondades los últimos años de los infelices.

El Convento tenía un campanario y en él una campana inválida como los asilados. La llamaban la "Golondrina". Rajada desde hacía cuatro años, parecía que sus tañidos elevaban al cielo la queja dolorosa de su alma rota...

El ciego Martín — uno de los asilados — quería a la "Golondrina" como a una cosa suya, como a un pedazo de su alma y de su carne. Y aquella desgracia que había alterado el puro cristal de su voz, era la cangreja de sus viejos años.

Reinaba en la santa casa una paz serena y

gozosa, sólo interrumpida por el clamor lastimero de la campana herida...

Barrabás, otro asilado, de buen humor y malas pulgas, era el jardinero y hortelano del Convento.

Barrabás dijo al ciego Martín, aquella tarde, de regreso de su trabajo en la huerta:

—¿Qué le ha parecido a usted el repique que hace poco ha dado la "Golondrina"?; Vaya una campana, compadre!

Barrabás se complacía en enojar al campanero burlándose de su campana. Y el ciego le respondió, más dolorido que colérico:

—La "Golondrina" de esta santa casa es una campana que está rota y no suena como sonaba porque Dios lo ha querido. Pero la "Golondrina" sonaba como no han sonado campanas en el mundo, desde que hay cruces en los campanarios.

—¿Ni la "Sonora" de la Iglesia Mayor ha tenido tampoco mejores voces?

El ciego Martín se sulfuró y no pudo contener su indignación:

—¿Ya está con la "Sonora"!; La manía de todos los de aquel barrio!; Comparar a

la "Sonora" con la "Golondrina" del Carmen!; Es menester ser sordo para eso!

La peña estaba armada, pero Barrabás se contuvo... porque Martín era ciego. Si no...



De las limosnas vivía el asilo. Y mientras la hermanita dispensera colocaba en el altar de San Antonio un bote de garbanzos para indicar a los protectores del Convento lo que faltaba aquel día para los asilados, otras hermanitas recorrían el pueblo, pidiendo para sus pobres.

Una de ellas era la hermana Piedad; bella, humilde y modelo de bondad.

En su peregrinación las hermanas entraron en los dominios de una taberna.

En una de las mesas del patio había un borracho. El vicioso iba a abandonar el establecimiento, cuando las monjas se cruzaron en su camino.

El beodo se detuvo a pocos pasos de ellas.

¿A qué iban allí aquellas mujeres? Era indudable que no sabía lo que se decía. Avanzó hacia ellas. La vista de las blancas tocas desató sus iras. ¡Aquello era profanar el templo de Baco!...

...Y sin poder meditar su acción descargó su diestra en el rostro de la hermana Piedad, furiosamente, brutalmente.

La monja no exhaló el menor lamento. Llevóse una mano a su mejilla herida por el golpe, y miró serenamente al borrachote.

Los hombres que se hallaban en la taberna salieron en defensa de la hermana, detuvieron al alcohólico, sujetándolo fuerte; y presentaron toda clase de satisfacciones a la ofendida.

La hermana Piedad, olvidándose de lo ocurrido, dijo con su voz dulce y arrulladora:

—Esto ha sido para mí. Ahora sigo pidiendo para mis pobres.

Tendió su blanca mano, y ninguno de aque-

llos hombres negó para los asilados unas monedas de socorro.

Desde el encuentro del tren, Salvador y Leonardo habían sido inseparables. Juntos emprendieron un negocio de fundición y herrería, que, gracias a su laboriosidad, rendía buenos frutos.

El carácter llano de los dos socios habíales granjeado la simpatía de todos los obreros, pero el más adicto a la casa y que se dejaría matar por servir a sus patronos era Lobito, aprendiz de la fundición.

Los obreros se preparaban aquel día para verter el metal líquido del crisol al molde de tierra.

Durante esa operación, Salvador, sin saberse cómo pudo ocurrir, sintióse su brazo derecho alcanzado por una lluvia hirviente. Pero gritó, atento al trabajo:

—¡Seguid fundiendo!

Sin embargo, al terminar el traslado del metal candente, cayó al suelo. De su brazo herido manaba mucha sangre. Las quemaduras habían sido de consideración, y agotaron, a pesar de los esfuerzos que había hecho para

resistir al dolor, las fuerzas del heroico patrón.

Leonardo y los obreros rodearon al herido.
¡Pronto! ¡El botiquín!



Leonardo y los obreros rodearon al herido.

En aquel trance, como mandadas por el cielo, llegaron las hermanitas del asilo, en demanda de su cotidiana limosna.

La hermana Piedad, apenas enterada de lo

ocurrido, llevó el sosiego a los conturbados corazones de los obreros.

—Llévenlo a nuestro Convento. Allí estará muy bien atendido. Nosotras mismas le cuidaremos — dijo.

Y, sin demora, Salvador fue conducido al asilo.

Han pasado algunas semanas.

Leonardo hacia, aquel día, su acostumbrada visita a Salvador, ya en plena convalecencia.

La hermana Piedad le enteró previamente del estado del herido.

—Está mucho mejor. Creo que dentro muy poco podremos darle de alta.

Mientras iba a avisar al enfermo, que se paseaba por el jardín del asilo, llegó al Convento una hermosa mujer, de andar ligero y garboso, y ojos que daban envidia al sol.

Era Malvaloca. Enterada del percance ocurrido a su antiguo y leal amigo, acudía a visitarle.

Leonardo la vió llegar, y la miraba insistentemente. ¡Qué preciosa! ¡Qué simpática! Su aparición le había impresionado como no lo lograra nunca ninguna mujer.

Se preguntaba quién era aquella mujer, y perdiase en conjeturas. ¿Acaso era a su madre a quien iba a visitar? Era posible... pero al momento rechazaba su suposición. No. No sería a su madre. Era increíble que una mujer tan simpática tuviese un corazón de mármol para abandonar a su madre en un asilo. ¿A quién, entonces, iba a ver?

Pronto lo supo. Malvaloca se había acercado a él, por ser la única persona que había visto desde su entrada en el Convento, y le dirigió la palabra, creyéndole enterado de las interioridades del asilo.

—¿Sabe usted si es aquí donde está Salvador García, curándose de unas quemaduras?

Hablaba con gracioso acento y con tanta soltura como el parpadear de sus ojazos de mora.

Sobreponiéndose a su grata sorpresa, Leonardo contestó, un tanto cohibido:

En efecto, aquí está. Es amigo mío y compañero de fundición.

Malvaloca abrió su boca para reírse y aparecieron dos hileras de blanquísimos dientes.



—¿Quién me había de decir que Salvadorillo se metera a hacer calderas.

que parecían el cancel de la gloria.

¿De qué se reía aquella mujer? — pensó Leonardo.

—¿Quién me había de decir que Salvadori-

no se metería a hacer calderas! — dijo ella.

Y su exclamación fué tan sincera y risueña, que Leonardo se rió también.

Continuaron hablando. Leonardo dijo a Malvaloca que no se moviera de su lado, pues Salvador iba a llegar de un momento a otro.

—Una hermana ha ido a avisarle que estoy aquí. De modo que...

—Le esperaremos juntos... ¿no le parece?

Leonardo aceptaba de mil amores su compañía. ¡Le gustaba tanto aquella mujer tan hermosa y zalamera!

Malvaloca había echado de ver la favorable impresión causada por su persona al socio de Salvador, y avezada a las lides amorosas, esgrimía sus poderosas armas femeninas, por el placer de vencer.

Además, Leonardo le había sido simpático por su sencillez. Quería, pues, demostrarle su simpatía.

La hermana Piedad daba alcance en aquellos momentos a Salvador.

—Don Leonardo ha llegado...

—Muchas gracias, hermana. Voy allá en seguida... pero aguárce... Tengo que darle

una buena noticia. He examinado la campana. Una vez fundida de nuevo volverá a sonar como sonaba antes. De alguna manera tengo que pagarles a las hermanitas el trato que



„recibid la inesperada sorpresa de encontrar a Malvaloca.“

me han dado.

La bondadosa hermana expresó su contento prodigando frases de gratitud en nombre de la comunidad al generoso Salvador. Pero él las rehuía, ya que su deseo de fundir la cam-

para era un pálido reflejo de generosidad comparado con la de las hermanas que lo habían curado tan cariñosamente.

Cuando Salvador llegó junto a su amigo, recibió la inesperada sorpresa de encontrar a Malvaloca. No esperaba su visita, en verdad, y llenóle de satisfacción la prueba de amistad que con ella le daba su antigua conocida.

Ella le dijo, tratándole como a un hermano:

—Me dijeron que estabas en parrillas como San Lorenzo, y me faltó tiempo para venir. Tú me conoces. Tengo el corazón en la cabeza.

La hermana Piedad contemplaba a Malvaloca con su bondad característica. Aquella mujer, fuese quien fuere, había hecho una obra de caridad visitando a un amigo enfermo, y era de agradecer la acción.

Mientras hablaban cariñosamente Malvaloca y Salvador, Leonardo no quitaba ojo a la preciosa criatura, pareciéndole, al verla, que era la imagen viviente de una quimera soñada.

De súbito, dirigiéndose a la hermana Piedad, preguntó Malvaloca:

—¿Quiere usted decirme en dónde está la capilla del Convento?

La hermana la condujo allí personalmente, y la dejó sola, para que se librara sin testigos a sus meditaciones en el sagrado lugar.

En tanto, Leonardo, que siguiera a Malvaloca con la vista hasta su total desaparición, pedía informes de ella a su amigo:

—¿Quién es esa mujer?

Salvador repuso:

—Esa mujer es Malvaloca. Su historia es una novela muy larga. No se parece a ninguna y se parece a muchas. Una cara bonita y una cabeza loca en una casa donde hay hambre...

Leonardo no pudo ocultar la ilusión que había hecho nacer en él aquella hermosa mujer, y dió un suspiro; advertido lo cual por Salvador, hízole exclamar, después de mirarle fijamente:

—¡Te veo y no te veo, fundidor!...

Leonardo se encogió de hombros, para disimular, y seguramente Salvador sospechó que su socio había recibido un alegrón al enterarse de que Malvaloca era una mujercita fácil,

cuando, en realidad, lo que le pasaba a Leonardo era otra cosa...

En aquellos momentos, Malvaloca, dominada por el misticismo del lugar y acaso también bajo la influencia de las miradas llenas de amor puro que le dirigiera Leonardo, se prosternaba emocionada al pie del altar de la Virgen del Carmen.

Y sin palabras, sintiéndolo con todas las fuerzas de su alma, invocó la ayuda de la Virgen... Y elevó hasta Ella su sed de redención, sus dolores, sus ansias de bondad...

Orando vió en sus manos las costosas alhajas que le proporcionarían sus sonrisas a los hombres, y despojóse de ellas, así como de una cruz de brillantes y perlas que colgaba de una cadenita de oro y que adornaba su cuello.

Y parecióle que se quitaba un peso enorme de encima... y que la Virgencita le sonreía...

Entonces, llorando de felicidad, musitó:

—¡Sólo así puedo ya ser buena!



Las visitas de Malvaloca a Salvador se repitieron diariamente... y diariamente también con tal motivo, se vieron Leonardo y Malvaloca, tejiendo su callado idilio como dos tímidos enamorados.

Poco presurosa en volver a la ciudad, habíase instalado Malvaloca en Las Canteras, en una casita nueva que era una taza de plata.

Así, aun después de la salida de Salvador del Convento, podrían Leonardo y ella verse y ligarse mutuamente cada día más con la pureza de su pasión, que era, para los dos, la primera pasión verdadera.

Algunos días después iba a efectuarse en el Convento del Carmen el traslado a la fundición de Salvador y Leonardo de la campana inválida

En la santa casa se notaba una extraordinaria animación. Todos los asilados esperaban ansiosamente el momento de ver salir la campana, y las hermanas suspiraban por que volviese pronto al campanario con el milagro permitido a los hombres por voluntad de Dios.

El ciego Martín, emocionado, siguió a la campana hasta la verja del jardín, fuera de la cual fué cargada en un carro con toda clase de precauciones, tratándola como algo sagrado.

Barrabás, que llevaba el badajo descansando en un hombro, encontró en su camino al ciego campanero, y hablaron, con el mismo antagonismo de siempre:

— Va me dirá cuando vuelva mi "Golondrina" fundida de nuevo, si repica peor o mejor que la "Sonora"! — dijo el campanero.

El primer impulso del escéptico jardinero fué descargar el badajo de la campana sobre el ciego, dejándose llevar de su impetuosidad; mas se contuvo, y se consoló con la esperanza de que antes y después de fundida, la campana sería una cosa inútil.

El ciego, como si hubiera presentado el gesto de violencia de su compañero de infortunio,

estrechóle la mano bondadosamente, conciliador, tratando de infundirle sus creencias.

Barrabás cargó en el carro el badajo que hasta él llevara, y miró con desdén la vieja



El ciego Martín, emocionado, siguió a la campana hasta la verja del jardín...

campana.

Por su parte, el ciego Martín se despidió de ella alegremente, como un abuelo de un nieto amado:

—¡Hasta la vuelta, "Golondrina"! ¡Que vuelvas a tu santa casa con aquella voz de los ciclos que alegraba los campos!

En la calle, un corro de curiosos presenciaba el trabajo de unos saltimbanquis recién llegados al lugar.

Un atleta anunció al público:

—¡Espectáculo nunca visto!! ...!! Los asombrosos saltos del titiritero Blondin!!

Este, un hombre insignificante comparado con el atleta, ejecutó varios saltos que asombraron a los curiosos, y, mientras los saltimbanquis reclamaban tendiendo un casquete, invocando a la generosidad de los espectadores, el pago de su trabajo, dos niños del corro vieron el carro de la fundición de Salvador y Leonardo que transportaba la campana del Convento.

Uno de los muchachos dijo al otro:

—Hagan lo que hagan y aunque vuelvan a fundirla de nuevo, la "Golondrina" siempre sonará como un "cascajo".

—¡Mentira! ¡Mentira!

Los muchachos se disputaron, y sus respectivas madres intervinieron en el asunto.

—¿Qué has tenido con ese? — preguntó la madre del chico que defendiera a la "Golondrina".

—Ha dicho que la "Golondrina" es un cascajo y eso no es más que envidia porque sabe que tiene mejores voces que la "Sonora".

La madre del otro muchacho, una hija del sol, por lo tostada, y de armas tomar, dijo a la del defensor de la campana del Convento:

—Como su chaval hable mal de la "Sonora", le arranco a usted el moño.

Iban a llegar ambas mujeres a los hechos, pero, afortunadamente, la gente las separó.

Y así fué como se crearon dos bandos: uno, partidario de la "Golondrina"; otro, de la "Sonora".

*
**

Aquel día reservaba a Leonardo una alegría que era la confirmación del triunfo de sus ansias: llegaba su hermana Juanela, a la que

mandara llamar a su lado cuando su posición estaba ya consolidada.

La rubia niña nortea pisó llena de ilusión la alegre tierra andaluza. Mucho había esperado este momento, y ahora experimentaba esa alegría que nos conmueve cuando logramos una cosa largo tiempo acariciada.

En la fundición, la presencia de un nuevo operario, Jeromo, tío de Malvaloca, era la sabrosa comidilla del taller.

Si en el trabajo no era el tío Jeromo un fenómeno de actividad, en cambio, empujando el codo, le daba quince y raya a su pariente el padre de Malvaloca.

Los obreros no perdían detalle de la conducta de Jeromo, y se preparaban para oír a Salvador cuando éste regresara del Convento.

— ¡La cara que va a poner don Salvador cuando venga y vea esto!

Pasaron unos días.

Teresa, persona de confianza de Leonardo, oficiaba de cicerone y mostraba a Juancita

la orgía de luz y de color del paisaje andaluz...

Salvador, completamente restablecido de sus heridas, regresó a la fundición.

Apenas en el patio del taller vió a un operario que no conocía, ¿Quién era aquel hombre? No sabía que Leonardo hubiese aumentado el personal. Pero al volverse el citado obrero, Salvador se sorprendió sobremanera. Era Jeromo. ¿Qué hacía aquel hombre allí?

— ¡Salvadorillo! ¿Eres tú?... ¿Estamos ya de vuelta? — díjole Jeromo, tendiéndole la mano.

Salvador, en actitud hostil, contestóle:

— ¿Qué hace usted aquí? ¿A qué viene usted aquí?...

— ¡Si soy operario de los talleres hace ya una semana!... Me enteré de lo de mi sobrina con tu compañero y me agarré a sus enaguas. ¡Ya tú sabes que Malvaloca ha sido siempre la providencia de la familia!

— ¡Váyase! ¡Pronto!

Los obreros, puestos al acecho, celebraban la escena que presintieran. ¡Duro con él, don

Salvador! ¡Era un borracho, y debía despedirlo!

Pero Jeromo se puso terco.

—Aunque te empeñes no me voy. Aquí estoy yo por don Leonardo y tú no eres quien para echarme a la calle.

—¡O se va ahora mismo, o sale de aquí a puntapiés! — gritó Salvador, fuera de sí.

A traición, Jeromo iba a descargar un martillo en la cabeza de Salvador. Este pudo evitar el golpe a tiempo, y los obreros, acudiendo prestamente en su auxilio, contuvieron al salvaje.

Leonardo llegó en tal instante. Vió la agresividad de Jeromo, y comprendió que debía despedirle, como lo había hecho Salvador.

—Como verás, habías hecho una adquisición — dijo Salvador a su amigo.

Leonardo ordenó a Jeromo que le siguiese al despacho, para darle la cuenta, hondamente preocupado por la familia que tenía Malvaloca... Mala gente, sí... Pero ella... era distinta... muy distinta...

Jeromo, al corriente de la debilidad de Leonardo por Malvaloca, pretendió enternecerlo,

—Don Leonardo, no me eche... Siquiera por ella, que es todo corazón. Yo ya sé que usted es bueno y que le quiere más que la haya podido querer nunca Salvador.

Enternecerlo era un decir. Lo que buscaba el villano era enemistar a los dos hombres interponiendo entre los dos a una mujer que el uno quería ahora y que el otro quiso antes...

Pero Leonardo no se dejó convencer.

Malvaloca llegaba casualmente a aquella hora a la fundición. Encontró a Salvador en el patio.

—¡Hola, Malvaloca! ¿Tú aquí? ¡Nada, veo que te han embrujado los aires de Las Canteras! — le dijo sonriéndole maliciosamente.

Malvaloca sonrióle también, y en aquel momento, que pudiéramos llamar crítico, salió Leonardo al patio, procedente del despacho.

¡Más que la haya podido querer Salvador! — repitióse Leonardo al encontrar a su amada con su socio en plática de confianza.

Dudó. Lo de siempre. Quería olvidar y no podía. Y todas aquellas palabras que juntaban los nombres de Salvador y Malvaloca eran

como agudos puñales que sin piedad ahondaban su llaga.

Salvador desapareció del patio. Entonces Malvaloca, acercándose a Leonardo, le dijo, leyendo en su rostro su honda preocupación:

—No estés caviloso. Sé lo que tienes. Tu hermanita ha llegado al pueblo. Pero no te violentes ni te apures, que mientras esté aquí, yo no volveré a poner los pies en tu casa.

Aquello le pareció a Leonardo impropio de una mujer vulgar, y su corazón se ensanchó de cariño. Malvaloca era buena.

Ella miró con ternura. Sí, ella no podía ser mala. Sus ojos no mentían.

—¡Leonardo, FUNDEME COMO A LA "GOLONDRINA"! — suplicó Malvaloca—. ¡Fúndeme, Leonardo! ¡Haz conmigo lo que con la campana! ¡Párteme en pedazos y échame al fuego, y méteme en la tierra, y sácame de ella después siendo la misma y siendo otra! La misma, para quererte como te quiero; otra, para que no sufras.

Leonardo vaciló. Por una parte, quería fundir a Malvaloca..., pero renacían inevitables temores...

Llegó a la fundición la anciana Mariquita, asilada en el Convento desde la muerte de su hijo. La acompañaba la hermana Piedad.

—¿Es hoy el día que funden la "Golondrina"? — preguntó a Leonardo.

—Sí, señora; hoy es.

Mariquita mostró unas insignias militares que llevaba envueltas en un pañuelo, y que conservara siempre como reliquias sagradas; y dijo:

—Estas cruces y medallas son de mi hijo que me lo mataron en el moro...

Un escalofrío de piedad agitó a los oyentes. Y la anciana evocó la epopeya del héroe en tierra africana... Su hijo murió gloriosamente, y, momentos antes de expirar, dijo a un compañero: "¡Me muero! Llévale estas cruces a mi pobre vieja!"

Terminado su relato, añadió Mariquita, haciendo el supremo sacrificio de renunciar a ellas:

—¡Yo querría que estas cruces y medallas de mi hijo se juntasen con el metal de la campana, ya que desde que se lo llevaron no tenía más pío que volver a escuchar el toque

de la "Golondrina" al lado de su madre!

Malvaloca condujo suavemente a la anciana a presencia de Salvador, que hacía los preparativos para la sensacional operación, y las



Malvaloca condujo suavemente a la anciana a presencia de Salvador...

medallas fueron arrojadas al fuego por la pobre anciana.

Malvaloca, amparándola en sus brazos, pues desfallecía vencida por la emoción, le dijo:

—Cuando suene la "Golondrina", le va a parecer a usted que la llama su hijo.

Y Mariquita rompió a llorar alegre y amargamente a un tiempo.



Las lenguas ociosas del pueblo llevaban y traían los nombres de Leonardo y Malvaloca... llenando de inquietudes la cabeza de Juancita.

Malvaloca al salir del taller acompañando a Mariquita, que regresó al Convento con la hermana Piedad, se sentía triste. ¡Qué no daría ella por ser buena!

Leonardo, que había observado el cariño con que ella trató a la anciana asilada, la llamó, repentinamente iluminado, y le dijo, venciendo todos sus temores:

—¡Ven acá, tú, Malvaloca! No te vayas nunca de mi lado. Te quiero por buena, te quiero por hermosa, te quiero por desventurada.

Juana se presentó ante su hermano en aquel momento. Leonardo la saludó, negándole ella la natural respuesta, porque Malvaloca la miraba, y quería demostrarle su desdén.

Leonardo se le acercó y le dijo:

—¿Qué te han contado de esta mujer, para tratarla de ese modo?

—Todo el mundo sabe quien es...

—¡Yo conozco su vida y su alma y sus dolores! ¡Ella no tuvo como tú, quien velara por su pudor, sino quien, por desconocerlo, lo profanara y lo vendiera!

Reunióse de nuevo el noble asturiano con Malvaloca, y locamente enamorado de ella, exclamó:

—¡Te perdonarán todos! ¡Te respetarán to-

dos! Es ya loco empeño de mi vida. ¡Todos olvidarán lo que fuiste...!

Salvador apareció en el umbral de la puerta del taller. Su aparición desgarró la herida que Leonardo tenía en su pecho, y motivó que terminara así su exclamación:

—¡Todos... TODOS MENOS YO!...

Era fatal... El pasado no podía morir... Y el pasado resurgía con la presencia de Salvador, que amara a aquella mujer...

Ajeno al mal que hacia, Salvador gritó a su socio:

—¡Ya está todo listo! ¡Vamos a fundir la "Golondrina"!

Leonardo desapareció al punto tras de Salvador, y juntos se entregaron a la refundición de la campana.

Desde una ventana Malvaloca contemplaba la operación, y mientras caía el metal en el molde, suspiró:

—¡QUIEN FUERA BRONCE COMO ELLA!

Leonardo pensaba en Malvaloca, y anto-

jálbasele que aquel metal era su propia vida que se transformaba.

Unos días después, Leonardo dijo a Malvaloca en el jardín de la casita que ella us-



—¡Quiero que mañana vengas a mi casa!

hía alquilado en el pueblo:

—¡Quiero que mañana vengas a mi casa! Desde allí veremos pasar la procesión y juntos escucharemos el primer vuelo de la "Golondrina"!

Y Malvaloca aceptó la invitación.

Al día siguiente, de mañana, Leonardo y Salvador se cruzaron cerca de la fundición. Su mutuo saludo fué breve, seco... y Leonardo no se detuvo.

Salvador le llamó.

—¡Espera, Leonardo!

—¿Qué quieres?

—¡Hace lo menos ocho días que no cruzamos la palabra!... A mí se me ha figurado que me huyes. Y en vista de ello, he decidido abandonar este pueblo...

Leonardo se extrañó de aquella inesperada determinación, reveladora de la nobleza de su amigo.

—¡Debo irme de tu lado!... Sin que yo pueda remediarlo, te lastimo, te hiero, te traigo a la memoria lo que tú quisieras borrar del mundo... Y consigas olvidarlo o no, no viéndome a mí te librarás de muchas saetas. ¡Adiós!... ¿Me das la mano?

Mudo por la emoción, Leonardo estrechó la mano de su buen compañero... y separáronse, Leonardo lamentando y agradeciendo la partida de su amigo, y Salvador afligido por la se-

paración, pero satisfecho de sí mismo por su buena acción.

Llegó por fin el momento por todos ansiado... Y todo el pueblo, engalanado y florido, esperaba el instante en que el Cristo de las Espinas pasaría los umbrales del Convento del Carmen, al son jubiloso de la "Golondrina".

Lobito, el gran adicto de la fundición, se había lavado la cara y puesto el terno de las fiestas. Que era el día de los días para él... y para la mocita que le tenía surtido el seso.

Cortaban flores en el jardín de la casita de Leonardo... y embriagado por el perfume de su novia — la flor más hermosa entre todas las flores — Lobito se atrevió a besarla, y su osadía le valió un bofetón.

Los preparativos de la fiesta turbaron también la calma habitual del Convento. Las bondadosas hermanas no se daban punto de reposo, y gracias a sus desvelos la procesión pro-

metía ser magnífica, digna de todos los elogios.

La hermana Piedad condujo a Martín al campanario.

— ¿Está usted contento, Martín? — le dijo.

— ¡Que sí lo estoy! Parece que me ha resultado una hija! Ahora ya no me importa morir, después de haber oído el primer tañido. Ella ha sido en este mundo, mi niña y mi novia y mi compañera y mi madre... ¡Todos mis cariños juntos!

Malvaloca, cumpliendo su promesa, fué a la casa de Leonardo.

La calle estaba muy animada. Al verla, la gente murmuró.

Juaneña regresaba de paseo con unas señoras tan maduritas como prejuiciosas, y ocurrió que, al ver a Malvaloca entrar en la casa, las chismosas ancianas declinaron la invitación que les hiciera la doncella.

— Pero ¿por qué no quieren ustedes entrar en casa? Desde la reja verían ustedes muy bien la procesión...

— Lo sentimos muchísimo, pero después de lo que hemos visto... *no podemos*... — dijo

una de ellas, en su nombre y en el de las otras dos.

Juaneta resignóse con la humillación, y entró sola en su casa.

Leonardo recibía amorosamente a Malvaloca cuando la jovencita se presentó en el comedor. Se miraban como si fueran dos jovenzuelos en su primer amor.

Juaneta estaba decidida a tratar duramente a la intrusa, pero, cuando llegó el momento de mostrarse desdefiosa, se sintió vencida por la dulzura de la escena que se desarrollaba en su presencia y como si la enamorada pareja estuviese sola en el mundo.

Comprendió la rubia niña nortea que nada podría destruir ya los eslabones que ataban a Leonardo y Malvaloca... que no había aunque en que se rompieran, ni fuego que los deshiciera tampoco... y sonrió. El amor triunfaba.

Lolito y su novia habían invadido la casa y la llenaban con sus risas, sus gritos y sus persecuciones a la caza de besos...

Trajeron enormes brazadas de flores, para arrojarlas al paso de la procesión, y al periu-

me de las hijas del jardín añase, en la casona, el de la felicidad de un corazón que renacía a otra vida...



Comprendió la rubia niña nortea que nada podría destruir ya los eslabones que ataban a Leonardo y Malvaloca...

Las calles se llenaban de flores, al paso del Cristo de las Espinas, que abría sus brazos

para que se amparasen en ellos todos los que sufrían...

El viejo Martín, en el campanario, esperaba, bajo la vigilancia de la hermana Piedad, el momento solemne de echar al vuelo la campana, por el cual habría dado el resto de su vida...

Cuando la procesión se anunció en la calle donde estaba situada la casita de Leonardo, Juancha, que con Lobito y su novia se acercaron a la reja para arrojar flores al Redentor, pensó en Malvaloca.

Si aquella mujer era el amor de Leonardo, debía respetarla, quererla como a una hermana. Ciertamente, Malvaloca no era lo que le habían dicho... y aunque su pasado fuese obscuro, su presente prometía hacerlo olvidar... enterrarlo... puesta su fe en Dios, que perdona al pecador arrepentido...

Cogió unas flores y fué a dárselas para que, con ella y Lobito y la novia de éste pudiera arrojarlas al Cristo de las Espinas. Su gesto constituía una promesa de cariño para siempre, y Leonardo se lo agradecía desde el fondo de su alma.

Al llegar la procesión cerca de la casita de Leonardo, se detuvo, viéndose a Dios en la cruz, desde la reja florida.

Malvaloca, pecadora penitente, arrodillóse y suplicó al Todopoderoso que no permitiera que se desviase del buen camino, haciendo suyo para toda la vida el amor de Leonardo.

Una madre con un hijito en sus brazos se acercó al Cristo y cantó una saeta.

La súplica hizo llorar a Malvaloca. Todas las mujeres tienen algo que pedir a Dios, y aquella madre impetraba su bendición para su hijito.

La saeta decía:

*Señor que al mundo viviste
para remediar sus males,
ampara desde tu cruz
la rosa de mis rosales.*

Leonardo estaba junto a Malvaloca, respetando su mutismo, y adorándola lleno de fe en su amor.

Juancla comprendió que los enamorados necesitaban estar solos, y, de acuerdo con Lobito y su novia, dijo a Leonardo:

—Nosotros nos vamos a ver entrar la ima-



— ¡Ahora, Martín!

gen en el Convento.

Entretanto, en aras de la amistad, Salvador, generoso y amigo leal, se sacrificaba, yéndose del pueblo...

La hermana Piedad, que vigilaba la apari-

ción de la procesión de regreso al Convento, dió, al fin, al ciego campanero, la señal de hacer sonar la campana.

— ¡Ahora, Martín!

Temblando de alegría, el pobre ciego aprehendió nerviosamente con sus manos la cuerda de la campana y tiró de ella con todas sus fuerzas.

Empezó a volar, jubilosa, en su jaula de piedra, la resucitada "Golondrina". ¡Y su voz que se esparcía al viento era más sonora, más vibrante que nunca!

Fué un momento de apoteosis, de felicidad sobrehumana, para el viejo campanero...

Barrabás, el escéptico, arrebatado por el ritmo de la campana, alcanzó a Martín en el campanario.

— Tenías razón, compañero — confesó. — Y humildemente reclamó del ciego campanero el honor y el privilegio de voltear a la inmortal "Golondrina".

— Sí, Barrabás, sí. ¡Dale fuerte, para que nadie ponga en duda que como mi "Golondrina" no hay campana en el mundo!

Barrabás tiró enérgicamente de la cuerda,

y la canción de bronce se hizo más vehemente, más apasionada. Y hendía los aires con vibraciones de victoria, como si quisiera llevar



—¡Tenías razón, compañero!

a todas las almas su pregón de inmortalidad...
... Mientras Salvador se alejaba...

Leonardo abrió sus brazos y Malvaloca se refugió en ellos.

El momento era sublime...

Y con el acompañamiento del repique de la campana, Leonardo, ofreciendo su corazón a Malvaloca, fundiéndolo con el suyo, exclamó, muy unidos sus rostros:

—¡La "Golondrina" canta el amor de todos! ¡Su voz tiene para mi corazón un oculto sentido! ¡Yo también fundiré tu vida al calor de mis besos, con el fuego de este loco amor, tan grande como tu desventura!

MERECIA ESTA SERRANA
QUE LA FUNDIERAN DE NUEVO
COMO FUNDEN LAS CAMPANAS.

Fin

MAKE NOSTRUM

La Novela Semanal Cien años de gloria

PRÓXIMO NÚMERO:

La sentimental novela de gran asunto

La Favorita de la Legión

Creación de la bellísima estrella Gloria Swanton

INTERÉS - EMOCIÓN - ÉXITO

Sea usted coleccionista de

LOS GRANDES FILMS

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

ACABA DE SALIR

SIN FAMILIA

Por LESLIE SHAW

La película que llegará al corazón de las multitudes.

Y MUY EN BREVE

MARE NOSTRUM

por Alice Terry y Antonio Moreno

EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

COLECCIONE USTED

(de los mejores libros de las ciencias)

EDICIONES ESPECIALES

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

La Viuda Alegre, por Mae Murray y John Gilbert.—*El Gran Desfile*, por John Gilbert y Renée Adorée.—*Miguel Stragoff o El Correo del Zar*, por Ivan Mosjoukine y Natalia Kovanko.—*La Princesa que supo amar*, por Huguette Duflos y Charles de Roche.—*El Coche número 13*, por Lili Damita.—*Sin Familia*, por Leslie Shaw.

EN PREPARACIÓN:

MARE NOSTRUM

(de V. BLASCO IBAÑEZ)

Creación de Alice Terry y Antonio Moreno

Nantás, el hombre que se vendió

por Lucienne Legrand y Donatien.

¡SIEMPRE LO MAS GRANDE!

COLECCIONE USTED

LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie. - *El triunfo de la mujer*. - *El arte
siniestro de Zenda*. - *El joven Medardo*. - *Los enemigos
de la mujer*. - *Una mujer de París*. - *El Conserje*. - *Pera
toda la vida*. - *Cyris de Bergeles*. - *De mujer a mu-
jer*. - *La Hermana Blanca*. - *El miñero de las lobas*.
- *París*. - *La Venganza de mujer*.

Precio de cada libro: UNA PESETA

Tercera de Libertad. - *Matilde*. - *El superador*. - *Libro en-
tra espina*. - *El que recibe el hostio*. - *Admirable*. - *James
Heredia*. - *El Fantasma de la Opera*. - *El tren o la can-
te*. - *El Café*. - *Madame Sans Gêne*. - *América*. - *Cuando
las mujeres aman*. - *El Camión*. - *Alondra*. - *Mis fuertes
para su amor*. - *Elle*. - *Demasiadas mujeres*. - *Noblesse
obliga*. - *Canas de Ocho*. - *El Rajá de Dharmagar*.
- *El difunto Matías Pascal*. - *La marca de fuego*. - *Los
Hijos de Nadie*. - *Pescador de Islandia*. - *La mujer
de Barin Atul*. - *El Bata de la Victoria*. - *El pobre a de
Nancy Preston*. - *Justicia y lazo*. - *La Porpora de París*.
- *El abanico de Lady Windermere*. - *Por la Patria*.
- *Amor de Padre*. - *El asalto al ambulante de Carranz*.
- *Dick el Guardia Marcial*. - *Boy*. - *La conquista del
Amor*. - *Bajo el cielo de Monte-Carlo*. - *La Barrera*.
- *La Reclutera*. - *Maternidad*. - *Los años del Hospicio*.
- *El pueblo santificado*. - *La calle del almon*. - *¿cómo
tear a una pobre?*. - *Garrónes*. - *Rosa de Lezard*. -
- *El Tricéfalo*. - *El hijo pródigo*. - *El mundo perdido*.
- *La novia fugitiva*. - *El matito*. - *La novia de esa
noche*. - *La que no sabía amar*. - *Minicaria*. - *Malvaloca*.

Precio de cada libro: 50 céntimos

